

Pequeños pacientes, grandes lecciones

Mar Miguel Redondo

Centro de Salud Roces-Montevil (Gijón).

Sr. Director: Siempre había querido ser enfermera, por lo menos desde que alcanzo a recordar. No tenía ningún modelo cercano, ya que en mi entorno no conocía a nadie con esta profesión, pero era algo que nacía dentro de mí como si de una luz se tratase. Esa luz iluminó mi sendero, a veces con gran fuerza y en ocasiones y por situaciones de la vida, de las que estoy segura, todos alguna cosa conocemos, algo más titilante. Aunque independientemente de la intensidad, lo verdaderamente importante, es que siempre estuvo presente y que me fue dirigiendo hacia la gran meta, tan deseada, tan satisfactoria, tan peleada, tan "cuesta arriba" en ocasiones, pero al final, tan mía.

Desde que empecé mis andanzas como enfermera, he transitado por numerosos servicios. Yo siempre había dicho que podría ir a cualquier sitio al que me mandasen, al final, te acabas haciendo a todo (o no te queda otro remedio) pero pediatría me daba pánico. Para quien me conoce, puede resultar contradictorio, ya que me encantan los niños, pero, precisamente por eso, por lo que consigo empatizar con ellos y por la ternura que me producen, pensaba que no podría soportar ver a niños transitar la enfermedad.

Era noviembre y enseguida iban a salir los contratos de navidad, yo estaba ansiosa por saber qué me iban a deparar las navidades laboralmente hablando. Aquel día lluvioso de noviembre, como cada mañana cuando estás en el busca, me desperté temprano, pegada al teléfono, siempre con sonido y batería cargada. Estaba leyendo, pero era incapaz de concentrarme en la lectura, por lo que cogí el móvil y me puse a revisar mensajes, en ese preciso instante y como si lo hubiesen sabido, me llamaron. Fruto de los nervios y con el teléfono en la mano, colgué. Me gusta pensar que todo pasa por algo y que este contrato fuera a empezar de esta manera, no hizo más que confirmar mi pequeña teoría (o eso pensé ese día).

Me vuelven a llamar, esta vez sí lo cogí, me leyó los contratos y elegí el contrato más largo, hasta el 7 de enero. Después, me pasan con personal para comunicarme el servicio y como si de una broma del destino se tratase, me informan que el contrato que acababa de coger era un bloque en pediatría. No me lo podía creer, pediatría ¡y en navidad! Por mi cabeza no paraba de pasar la idea de 'niños sufriendo enfermedades, en una época del año en la que tan solo deberían disfrutar y ser felices'. Ese día fue horrible y al día siguiente empezaba mi nueva aventura

de mañanas. Los comienzos siempre suelen dar algo de miedo, en este caso, la palabra miedo se quedaba corta.

Empecé en la planta de lactantes, había muchos pequeños ingresados sobre todo por bronquiolitis, la estrella en esta época, los compañeros eran muy agradables y me enseñaron mucho. Cuando llevaba un mes en la planta, me propusieron ir a la UCI de pediatría, hacía falta personal.

Y así empecé un cinco de diciembre en UCI. Cuando llegué me asignaron el lado con menos pacientes. A mi cargo estaban tres pequeños, Lucía de tres años, una crisis asmática, Marcos de cinco años, un traumatismo craneoencefálico, y Valentín, un pequeño de cuatro meses con una enfermedad neurológica sin filiar que le producía paradas respiratorias desde el momento del nacimiento.

A Valentín no le venían a ver mucho, la familia, algo desestructurada, no vivía en Oviedo. Su caso era bastante complicado, a veces cada hora y otras cada cinco minutos, Valentín dejaba de respirar, el manejo era sencillo, simplemente con administrar oxigenoterapia a través de mascarilla, el pequeño al cabo de unos segundos volvía a respirar de manera espontánea. Sencillo, pero angustiante. Recuerdo ir corriendo cada vez que la máquina pitaba porque detectaba una desaturación y quedarme observando aquella mirada perdida mientras esperaba que esta vez la parada durara poco y que enseguida hubiera recuperado. A mí me daba la sensación de que las paradas cada vez eran más largas, no era capaz de entender por qué este niño desde que había nacido tenía que estar viviendo esto.

Un día coincidí con el padre de Valentín, empezamos a hablar, él me preguntó cómo yo le veía, objetivamente le expliqué que los cuidados cada vez eran más complejos y que cada vez era mayor el tiempo que pasaba en parada. Él me contó que tenían creencias religiosas muy intensas, que ya les habían dicho tantas veces que el pequeño no iba a pasar más allá de aquella semana, que ya toda la familia se había despedido de él y que habían arreglado todo a nivel espiritual por si se producía el fallecimiento. La entereza con la que me explicaba aquello me dejó fría, si bien es verdad que yo le acababa de conocer, ellos llevaban haciéndose a la idea de que su hijo se iba a morir desde que nació.

El día de navidad, trabajaba de tarde, ese día tuvimos que adelantar un poco la comida familiar para poder comer todos juntos. Recuerdo estar comiendo con mis sobrinas y pensar 'qué afortunadas sois y qué afortunados somos todos de que estéis sanas y podáis disfrutar de ser un par de niñas felices,

FECHA DE RECEPCIÓN: 3/1/2023

Correspondencia: Mar Miguel Redondo
Correo electrónico: marmiguellr@gmail.com



ajenas a muchos de los problemas que se encuentran ahí fuera'. Comí rápido y me fui directa a otra tarde más en la UCI. Valentín estaba muy tranquilo y tardó varias horas en hacer la primera parada, yo había ido a verle durante el turno y parecía que descansaba con tanta paz que pensé 'ojalá este momento fuera eterno para ti'.

Cuando pitó la alarma por primera vez, fui corriendo, tardó un poco más de lo habitual en remontar, cuando por fin lo hizo, me quedé allí, a su lado durante un tiempo, tratando de entender sin éxito el porqué de muchas de las cosas que suceden en la vida. Me fijé en su carita y vi cómo se le caía una lágrima por el ojo derecho, quizás del esfuerzo, no sé. Ese día no había tenido aún visita, la tarde estaba tranquila, miré al pequeño y decidí cogerlo un rato en cuello. Con cuidado de no soltar ningún cable, lo cogí y me senté en el sillón al lado de su cuna, estaba despierto, me puse a cantar el último villancico que estaba sonando antes de salir de mi casa en tono bajito para ver si lo conseguía dormir. Mientras no podía dejar de mirar las pestañas más largas y los ojos más negros que había visto nunca. No sé si fue fruto de lo especial del momento, pero en

su cara, habitualmente inexpresiva, pude ver esbozada una sonrisa por primera vez desde que le conocía.

A las dos semanas, dejé de trabajar allí y a los dos meses me enteré de su fallecimiento. Cuando lo supe, en un primer momento fue doloroso, pero después entendí que para él había sido liberador, no había conocido desde el momento de su nacimiento la paz y la tranquilidad, más allá de los momentos cada vez más breves, entre una parada y otra. Su enfermedad no tenía cura, qué vida podría esperarle, había visto el sufrimiento reflejado en su rostro, en su mirada y aquel dulce ángel merecía descanso.

Sigo sin entender muchas cosas de la vida, pero un bebé de 4 meses me enseñó mucho acerca de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Nunca había querido trabajar en pediatría, pero fue una de las experiencias más enriquecedoras en mi vida, tanto a nivel personal como a nivel profesional. Muchas veces los pacientes hacen más por nosotros de lo que nosotros como profesionales hacemos por ellos. Ojalá, Valentín, nunca hubieras tenido que nacer para sufrir, pero me alegró mucho de haberte conocido y haberte podido acompañar.